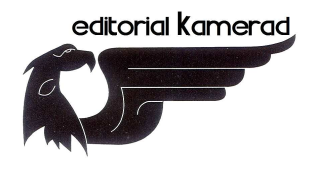
¿Por qué el obrero alemán está con Adolf Hitler?

SERVICIO ALEMÁN DE INFORMACIÓN
Colección *"La Alemania de hoy, Nro. 2"*

Hans Munter





¿Por qué el obrero alemán está con Adolf Hitler?

SERVICIO ALEMÁN DE INFORMACIÓN
Colección *“La Alemania de hoy, Nro. 2”*

Hans Munter

1941

¿Por qué el obrero alemán está con Adolf Hitler?

Suceden hoy en Alemania muchas cosas que al mundo le parecen un milagro: la estabilización del marco, la estabilidad de los precios, el fortalecimiento de los labradores alemanes, la eliminación de la falta de trabajo, el ingente armamento y la fuerza contundente militar del *Reich*. Pero, mucho más prodigioso que todo esto, que al fin y al cabo puede explicarse técnicamente de algún modo, aparece al observador extranjero el hecho de que el pueblo alemán esté unánimemente de verdad al lado de su *Führer*, y ello en todas las esferas. No es sólo el labrador el que figura en el vasto frente, no es sólo el contratista, el artesano o el intelectual, sino todos esos millones de obreros y empleados, todos esos *proletarios* que hasta 1933 marcharon en su mayor parte detrás de la bandera roja. Todos los que antes cantaban con entusiasmo *La Internacional* (1), cantan hoy con toda la fe de su alma *La canción de Horst Wessel* (2), y todos los que antes gritaban *"¡Muera!"* cuando veían la bandera de la cruz gamada o a un hombre con la camisa parda, aclaman hoy al *Führer* con su *"Heil!"* Es un milagro psicológico, y es perfectamente comprensible, que el observador extranjero, sobre todo el sindicalista extranjero no lo comprenda y no quiera comprenderlo. Durante decenios enteros miró lleno de respeto y admiración a sus colegas sindicalistas alemanes, vino a Alemania a estudiar las instituciones de sus sindicatos y ha seguido en los congresos internacionales los consejos de los líderes alemanes. ¿Cómo era posible que esta *infantería del movimiento internacional obrero* como el viejo Ramsay MacDonald llamó una vez al movimiento sindical alemán, rindiera tan pronto las armas sin lucha alguna, y que los millones de obreros alemanes, educados en un sentido marxista durante lustros y más lustros, se alistaran en tan breve tiempo en las filas del nuevo frente? No quiere creerse. Se recurre a la explicación de que el obrero se siente amenazado día a día y hora tras hora por una férrea coacción, y que en todas partes se halla la Policía Secreta del Estado (3) detrás de él, obligándole a marchar, a gritar *"Heil!"* y a cantar el himno de Horst Wessel. Un momento de fría reflexión puede convencer, precisamente al obrero instruido del extranjero, de la falta de consistencia de este argumento. Centenares y miles de obreros, pueden oprimirse y tiranizarse durante cierto tiempo, pero no es posible obligar a millones de ellos durante un tiempo, que pasa ya de siete años, a aumentar de un modo sin igual su rendimiento y a llevar a cabo enormes trabajos, como por ejemplo, los de la construcción de la Línea Sigfrido (4), sin contar con la verdadera disposición y consentimiento de estos millones. Todos los obreros saben cuán fácil es llevar a cabo actos de sabotaje en donde trabajan y lo fácil que es crear sociedades secretas; todo el mundo sabe también que en una economía ocupada hasta el máximo, es decir, en una economía en la que existe una extraordinaria demanda de trabajadores de todas las especialidades es sencillamente imposible obligar al obrero a que grite *"Heil!"* y que asista a manifestaciones si no le sale de dentro. Y es que el único medio que sería eficaz en este caso, la presión económica, la amenaza de despedirle del trabajo, no cabe en un tiempo en que falta de tal modo la mano de obra. No, por la fuerza no puede explicarse este milagro, como tampoco puede explicarse así la capitulación de las organizaciones obreras alemanas del año 1933. Para comprender todo esto y encontrar una explicación al milagro hay que profundizar mucho más. Ante todo hay que echar una mirada retrospectiva a la historia de los últimos 25 años y considerar el camino que ha recorrido durante este tiempo la organización obrera alemana. El año 1918, al fin de la Guerra Mundial, los obreros alemanes saludaron llenos de esperanza la nueva República alemana. Todo lo que los líderes socialistas

habían prometido durante toda una generación, parecía que iba a cumplirse. El *Kaiser* [5], y con él los demás príncipes alemanes, habían desaparecido, el militarismo se había derrumbado y el capitalismo para el que se había trabajado hasta entonces única y exclusivamente, el que *acumulaba la plusvalía* iba a seguir el mismo camino. La democracia, la soberanía del pueblo, había sido conquistada. Los líderes obreristas habían tomado asiento en el parlamento y en las poltronas del gobierno. El sueño de decenios se había convertido en realidad. Se estaba en los umbrales de la tierra prometida. A la embriaguez del primer entusiasmo no tardó en seguir el desencanto de la realidad. Se tenía el poder, y no se sabía qué hacer con él. Se quería socializar, y no se sabía de qué manera se había de practicar esta socialización. Los líderes no se habían cansado nunca de repetir que el socialismo se desarrollaría por sí mismo en el seno de la sociedad capitalista; nunca habían cesado los comentadores de la doctrina marxista, los Kautsky, Hilferding, Bauer, etc., de referirse a la concentración de los industriales en la economía, a los carteles, consorcios y trusts, como formaciones ya *socializadas*, de las que no hacía falta más que apoderarse el día de la toma del poder para realizar el socialismo. Y ahora que el día había llegado, nadie sabía lo que se había de hacer. Se nombraron comisiones y se escribieron interminables informes. El tiempo, empero, no pasaba en vano. Mientras que todavía se discutía había un enemigo implacable, en cuya magnanimidad y comprensión se había creído, que dictaba una paz de cuya dura crueldad tenían que espantarse tanto los líderes verdaderamente honrados, como los millones de obreros alemanes. Del socialismo, en cuya realización se había creído verdaderamente por un instante, no se hablaba ya ni media palabra. Cuando en Austria los socialistas, que eran más fuertes en el poder que los del *Reich*, querían nacionalizar determinados bancos, interpuso la Entente [6] una amenazadora protesta. Y es que, por una parte, el adversario quería tributos, y no debía ocurrir nada en el seno de la economía que pudiera poner en peligro el pago de estos tributos. Por otra parte, todo cambio trascendental en el sistema económico de Alemania lo consideraba la Entente como una amenaza de su propio sistema capitalista, y sólo por ello había ya que impedirlo. A Rusia se habían mandado ejércitos para que hicieran desaparecer de nuevo el odiado sistema, en Alemania y en Austria bastaba una reclamación, la amenaza de hacer uso de las armas, para sofocar en germen todo intento de alteración económica. Bajo estas impresiones empezó a revivir ya en los primeros años después de la guerra el sentimiento de resistencia nacional en el seno de la clase obrera alemana, ese sentimiento que se creyó extinguido durante algún tiempo, y cuyo rescoldo se avivaba ahora bajo las cenizas; ese sentimiento de resistencia cuyo entero despliegue, sin embargo, no podía llevar a cabo más que el nacionalsocialismo. El obrero alemán ha tenido siempre conciencia nacional y ni la palabrería del internacionalismo del movimiento obrero, ni la creciente judaización de sus directores ha podido destruirla (esta judaización afectaba, por otra parte, mucho más al partido socialdemócrata que a los sindicatos con los que el obrero estaba más en contacto) Precisamente entre los antiguos directores obreristas, que condujeron todavía la dura lucha de la época anterior a 1914, se ha hecho sentir siempre una gran aversión, contra los *intelectuales* judíos. Sabido es que más de uno de los directores alemanes de sindicatos se ha dado a conocer abiertamente como antisemita. En los sindicatos propiamente dichos no hubo tampoco hasta 1933 ningún líder judío, sino sólo algunos asesores judíos cuya influencia en las decisiones de los directores fue a menudo de fatales consecuencias. Hasta el fin siempre ha existido una gran tensión entre la camarilla judía de jefes del partido socialdemócrata y los directores de los sindicatos, tensión, sin embargo, que a causa de la debilidad e

indecisión de los directores de los sindicatos, no condujo nunca a una solución positiva. En la gran masa de los obreros podía encontrarse siempre, sin embargo, este sano y natural antisemitismo. Tampoco en este respecto ha tenido el nacionalsocialismo, la mayor parte de las veces, otra cosa que hacer que despertar en el trabajador ese sentimiento de aversión contra el judaísmo que sofocaba en su interior. Las palabras de August Bebel en su gran discurso del *Reichstag*, en la primavera del año 1904, en el que dirigiéndose a los partidos burgueses les dijo: *"Si Alemania se viera obligada un día a una guerra ofensiva en la que estuviera en juego la existencia de Alemania, les doy mi palabra de honor de que hasta el último hombre, incluso los más viejos de nosotros, empuñaríamos las armas para defender nuestro suelo alemán"*, no las han olvidado nunca los obreros alemanes. El año 1914 lo demostró palpablemente. Y más de una vez los directores extranjeros, casi siempre judíos, han reprochado a los alemanes su nacionalismo. No hace falta más que leer la correspondencia cambiada entre el líder sindicalista alemán Carl Legien y sus antiguos amigos franceses e ingleses al principio de la Guerra Mundial. Este sentimiento nacional pudo perderse durante algún tiempo. Los mismos enemigos del *Reich* cuidaron, empero, de que renaciera. La carga de los tributos, que en primer término había de soportar el obrero, que hacía imposible toda mejora en su régimen de vida, era una enseñanza tan dura como el veto impuesto por los aliados a la incorporación de Austria al *Reich*, que habían pedido precisamente los obreros. Lo mismo en la lucha contra el movimiento separatista de Renania, que en la ejecución de la resistencia pasiva
en la invasión de los franceses en el territorio del Ruhr, se puso de manifiesto la voluntad nacional de los obreros alemanes. Sí, cada uno de ellos cumplió siempre como un hombre en aquellos duros días de lucha, y se ha encontrado siempre a punto de nuevo en los años que han seguido. Cierto que la mayor parte de las veces no pasó de un sentimiento oscuro y latente. Los líderes sindicalistas eran demasiado débiles para despertarlo, y los jefes políticos judíos no querían que se despertara. Pero, volvamos otra vez a los tiempos de después de la Guerra Mundial. El sueño de los socialistas se había disipado muy pronto. Bajo la presión de la política exterior había tenido que enterrarse por completo. Los acérrimos se contentaban con la idea de que, cuando menos, se había creado la democracia. Pero, tampoco en este respecto tardaron en surgir las dudas. Para los centenares de líderes que en el *Reichstag* o los parlamentos representaban a los distintos Estados alemanes estaba resuelto, con esta democracia, desde luego, el problema social; para la masa, empero, no se produjo modificación alguna. Los jornales no aumentaban, la inflación arrasaba los últimos ahorros, después de la estabilización del marco el nivel de jornales era más bajo que nunca y sólo en una lucha penosa y constante se logró elevar algo los salarios. Pronto hubo de reconocerse, sin embargo, que muchos de estos aumentos de jornal eran ilusorios; el jornal nominal había aumentado, desde luego, pero los precios de los géneros habían aumentado todavía más, de manera que el jornal verdaderamente efectivo había más bien disminuido que aumentado. Y siempre tropezaba de nuevo el trabajador con la terrible presión que habla traído consigo el Tratado de Versalles. Para poder efectuar el pago de los tributos había que exportar. Debido a la dura lucha de competencia en el mercado mundial la exportación exigía, empero, precios bajos, y con ellos un coste de producción bajo también, es decir, sobre todo, jornales bajos. Los líderes socialistas procuraban, desde luego, ocultar las verdaderas causas de ello, pero el obrero las adivinaba siempre de nuevo. El nacionalsocialismo es el que las descubrió definitivamente. Nada quedó, pues, del gran sueño del año 1918. Tampoco la

democracia política trajo nada al obrero. Los directores, sobre todo los de los sindicatos, sentían el vacío que se había producido. Había que proponer un nuevo objetivo cualquiera, crear un nuevo ideal, idear un nuevo credo. Y se inventó la *democracia económica* como nuevo camino para la realización del socialismo. Y si el socialismo no se podía realizar, cuando menos era preciso que la democracia económica, es decir, la colaboración en la dirección de la economía, figurara al lado de la democracia política, que es la colaboración en la dirección del Estado. Quizás pudiera entonces lograrse paulatinamente en constante compenetración con la economía, lo que no se había podido lograr de una vez en 1918: la socialización de la economía. Entonces podía hablarse de nuevo, apoyándose en las antiguas teorías revisionistas de los tiempos anteriores a la guerra, de un *socialismo de la realidad naciente*. ¿Y no había en efecto, mucho que pudiera valorarse positivamente en este sentido? Convencidos ya del problemático valor de la democracia política, habían creado en 1920 la ley de consejos obreros (comisiones interventoras de obreros y empleados), que tenía por objeto realizar la democracia de empresas. Con esta ley, adquirió el obrero el derecho de co-determinación (es decir, de disponer conjuntamente con la dirección de la empresa) Por mediación de sus hombres de confianza podía intervenir en la colocación y despido de los trabajadores, podía tener influencia en la estructuración de los jornales y en las disposiciones de trabajo de la empresa, y podía contribuir a que prevaleciera el derecho del trabajo, que había sido creado, asimismo en los tiempos de la postguerra. Tenía el convencimiento de que el patrón ya no era, como antes, el amo de la casa, es decir, que no podía mandar y disponer a su gusto. Y esto no era poco, ya que realzaba y reforzaba en el obrero la dignidad de sí mismo. No hay que olvidar que el obrero alemán no luchó nunca únicamente por la mejora de su posición material, sino que siempre le importó mucho el que se lo considerara y estimara más como hombre y como personalidad. Y la ley de los consejos obreros le llevaba, efectivamente, un paso más allá. Por ello es también que los sindicatos hicieron todo lo posible para fortalecer la situación de los consejos de obreros. Un grandioso curso de prácticas de empresa debía familiarizar a los consejos interventores de fábricas con todas las disposiciones legales y todos los conocimientos necesarios para la práctica de su cometido. Por lo general, tampoco abusaron estos consejos de su situación en la práctica, máxime que con el prolongado ejercicio de su cometido se enteraron más y más del curso económico de los negocios y del carácter necesariamente forzoso de ciertas instituciones. En la verdadera dirección de la empresa, empero, no tuvieron nunca participación, e incluso el intento de aumentar el éxito de los consejos de obreros en las sociedades anónimas, delegando en su seno a un hombre de su confianza, fracasó por completo. El obrero, sólo y poco experimentado, no podía ejercer en los grandes complejos económicos la menor influencia. Y así continuó siendo el consejo interventor para la amplia masa de los obreros únicamente una institución imperfecta. Los obreros se defendían, sin embargo, porque por sus líderes era considerado esto como un avance en el camino del socialismo, y porque ellos mismos habían conseguido en las empresas cierto prestigio moral. Y ¿no existían todavía muchos otros de estos resortes? Existía el Banco Obrero que con su capital dominaba toda una serie de empresas; existía la *Previsión Social*, la gran institución de seguros creada por los sindicatos, y existía, finalmente, el poderoso movimiento de las cooperativas de consumo, que se había convertido en un aparato propio de producción, y que en la fabricación de determinados artículos de consumo se había hecho independiente de la economía particular capitalista. Cierto que las masas no comprendían tampoco en este caso la importancia directa y el provecho de estas

instituciones. El Banco Obrero no pagaba intereses mayores que los de los demás bancos o cajas de ahorro comunales, y los géneros de las cooperativas no eran tampoco ni mejores ni más baratos que los del comercio al detalle. Los elevados sueldos de los empleados directivos exasperaban a los de abajo. Ello no obstante, se apoyaban estas instituciones con todas las fuerzas, porque no se cesaba de repetirles, una y otra vez, que todas ellas eran sillares para la edificación del nuevo *Reich* socialista. También la extensión de las empresas comunales a costa de las particulares era considerada del mismo modo. También en este dominio se imponía el interés general a los intereses particulares, por poco que lo notara el individuo aislado. También en este particular se había hecho avanzar un buen trecho el *socialismo de la realidad naciente*. Sobre todo, finalmente, tenía ello importancia en lo referente al seguro social (retiro obrero), que el partido socialdemócrata había combatido en su origen, como obra del odiado Estado autoritario, y que, en cambio, los sindicatos habían exigido y defendido como la organización más cerca de la realidad.

El seguro contra el paro forzoso, que se había creado después de la Guerra Mundial, y que ofrecía al obrero cierta seguridad en las vicisitudes económicas, fue celebrado y estimado como una conquista especialmente grande. Si se hubiera seguido por este camino se habría aumentado paulatinamente la seguridad del hombre trabajador en todas las vicisitudes de la vida. Así fue componiéndose, a base de toda una serie de elementos, lo que se entendía por *democracia económica* y se procuró hacerla asequible al trabajador que creía en la victoria del socialismo. No era siempre fácil, como queda dicho, hacer comprender a las masas estas consideraciones preponderantemente teóricas. Y es que, aunque en algunos casos eran evidentes los beneficios directos, como en el caso de los consejos de obreros o en el del seguro social, en otros, están éstos mucho más lejos de la comprensión. De qué modo había de desarrollarse de todo esto el socialismo, era algo, empero, que exigía una larga y circunstanciada demostración. Los obreros formados en un sentido sindical se afanaban, sin embargo, en seguir esta doctrina, como habían seguido en otro tiempo la de la transformación radical y directa de la economía capitalista en otra socialista. Todo parecía ir admirablemente mientras la economía se encontraba en su período de prosperidad aparente. Los obreros podían reforzar todavía su situación en las correspondientes posiciones, y todavía podían lograr pequeños éxitos en esto y en aquello, que luego los agitadores ensalzaban como otros tantos sillares para la edificación del nuevo socialismo. El cuadro tenía, empero, que cambiar forzosamente en el momento en que el auge económico llegó a su punto de declive, es decir, en el que la gran crisis del año 1930 sacudió los cimientos de la economía alemana. Entonces fue cuando se hicieron problemáticas en alto grado todas las instituciones de la *democracia económica*. La disminución de los jornales, que se inició con tanta fuerza, no podía impedirla ningún consejo de obreros. Lo mismo éste que el líder sindicalista, tenían que doblegarse ante las férreas leyes de una economía capitalista particular *libre*. Ni el uno ni el otro podían impedir el paro de las empresas ni el despido de millares y millares de obreros. La crisis conmovió también, al mismo tiempo, hasta las propias empresas de los obreros. Más de una sociedad cooperativa llegó a encontrarse en dificultades financieras. Y hasta las mismas empresas comunales se vieron seriamente afectadas por la crisis. Los obreros tenían que reconocer con toda claridad cuán poco significaban todas estas instituciones, de las que tan orgullosos estaban los directores y cuyo valor se creía tener que defender. El golpe más rudo fue sin embargo, la restricción del seguro social. A consecuencia de la enorme disminución

de cuotas hubieron de reducir considerablemente sus prestaciones todos los ramos del seguro. El seguro contra el paro obrero, del que tan orgulloso se estaba, precisamente durante los primeros años de la crisis, tropezó con dificultades cada vez mayores a causa de la creciente cifra de los desempleados, de las que no se salvaba más que pasajeramente con los constantes subsidios del *Reich*. También en este dominio se hacía inevitable una considerable reducción de las prestaciones. Así iba desmoronándose, pedazo a pedazo, en la vorágine de la gran crisis económica, el edificio de la democracia económica que los sindicatos habían construido como sustituto del socialismo que todavía no podía realizarse. Con ello perdieron las masas, sin embargo, el último apoyo ideológico que habían tenido hasta entonces. Es cierto que la fidelidad, que siempre ha sido una de las características del alemán, estaba tan arraigada, que se conservaron fieles a las antiguas banderas hasta después de haberse desvanecido todas sus esperanzas en la realización de sus sueños. Los obreros organizados sindicalmente no se dejaron arrastrar por las palabras de los cabecillas radicales que exigían un levantamiento en masa y la proclamación de la dictadura del proletariado. Estaban demasiado bien educados para prestar oídos a semejantes palabras y creer en una solución tan radical. Habían oído demasiado a menudo la antigua sentencia de Carl Legien, de que la huelga general es un disparate general, y estaban orgullosos de saber lo complicada que es hoy la economía y que nada puede lograrse por la fuerza en este dominio. Tampoco seguían, empero, las palabras de los jefes nacionalsocialistas, que les ofrecían pan y trabajo. ¿No sería ese el pan de la servidumbre, y el trabajo, el de la esclavitud? Es cierto que acá y allá se había conocido la organización nacionalsocialista de células de empresa, como una institución que sabia luchar y que defendía verdaderamente los intereses de los obreros. Pero se era desconfiado. Y la prensa judía consideraba día a día como su más perentoria misión avivar esta desconfianza, aumentarla constantemente y exagerar todo lo que de cerca o de lejos podía tener el más leve asomo de la temida reacción. Y la mayor parte de los obreros lo admitía como artículo de fe. Cómo no, si los periódicos eran los primeros en afirmar que los nacionalsocialistas se lo quitaban todo al trabajador y que querían degradarlo a la categoría de esclavo. Y así permanecieron los obreros fieles a sus organizaciones. No sabían cómo sería el porvenir. Los líderes sindicalistas les decían siempre de nuevo que la crisis pasaría como pasaron todas las anteriores y que no había más que tener paciencia. Y los trabajadores tenían paciencia; pero, la fe y la esperanza de que mejoraran los tiempos, la perdieron en los tres duros y graves años de crisis. Y quizás hubieran llegado incluso a batirse por su ideal, aunque de las conquistas de la República de Weimar no quedaba nada que fuera digno de defenderse, si sus líderes les hubieran invitado a ello. Pero esos líderes eran ya viejos y estaban gastados y desconcertados. Quizá sea conveniente que digamos en este lugar todavía un par de palabras acerca de estos líderes de la organización obrera alemana, que el extranjero admiró un día con verdadero fervor.

El que conocía la organización sindical alemana podía constatar claramente tres generaciones de líderes de los sindicatos. En primer lugar estaba la antigua generación de los hombres que habían llevado a cabo la lucha de los años anteriores a la guerra. Eran optimistas y creían en la evolución. Y a pesar de todos los reveses veían el progreso. En su propia situación - antes eran sencillos obreros, y a la sazón conspicuos directores - creían poder medir el éxito de su lucha. Con toda la honradez de sus intenciones les faltaba, sin embargo, el imprescindible ímpetu político. Odiaban casi

siempre a los intelectuales, que llevaban la dirección del partido socialdemócrata; veían el peligro de una alianza demasiado estrecha con este partido, pero no eran capaces de separarse del mismo. Llevaban treinta y cuarenta años unidos a este partido, y no podían dejarlo. Ya eran demasiado viejos para ello. Ante los problemas que planteaban los nuevos tiempos se encontraban perdidos. No comprendían las causas políticas de la gran crisis. No podían comprender que la gran crisis económica no cabía compararla con las crisis de otros tiempos. Las crisis eran cosas del sistema económico, como lo son por ejemplo las grandes coyunturas. Cierto que esta crisis era más larga, más dura y más grave que las otras. Pero ¿es que no se sabía que en anteriores decenios habían durado también las crisis años enteros, que ya entonces - el mismo Karl Marx había hablado de ello - muchos profetas habían predicho el inminente hundimiento del capitalismo? ¿No se repetía ahora todo lo mismo? Y así se cegaban ante las verdaderas causas de esta gran crisis; no veían, y en parte no querían ver, que el Tratado de Versalles había destrozado Europa, que había desmembrado territorios económicos ligados de antiguo el uno con el otro, que habían sido creados una docena de nuevos Estados, y que todos ellos en absurdo egoísmo llevaban a cabo una política económica determinada por mezquinas consideraciones, con lo que destruían las premisas imprescindibles para una economía universal verdaderamente libre. No veían el nacionalismo económico de Gran Bretaña, como se manifestaba claramente con la desvalorización de la libra y el Pacto de Ottawa. Y sobre todo no veían que el pueblo alemán había sido explotado y empobrecido durante todo un decenio por el Tratado de Versalles, y que la economía alemana había sido gravemente afectada por los pagos en concepto de reparaciones, que sólo había podido sostenerse a costa de un gigantesco endeudamiento con el extranjero, y que por todas estas razones tenía que fallar el tan cacareado mecanismo de las crisis de otros tiempos. La propaganda nacionalsocialista no cesó nunca de llamar la atención sobre todo esto. Pero los antiguos líderes de los sindicatos no tomaron esta propaganda en serio, como no tomaron tampoco en serio al principio el movimiento nacionalsocialista. No veían en él, al fin y al cabo, otra cosa que una nueva forma de las organizaciones *amarillas*, aquellas asociaciones y sociedades obreras patrióticas que habían sido siempre fomentadas como organizaciones de esquiroles por grandes patronos como Thyssen. Todos los obreros decentes las rechazaban, y a pesar de todo el apoyo financiero que recibían de las sociedades patronales, eran casi siempre producto de las crisis, y desaparecían de nuevo en los tiempos de gran coyuntura. Exactamente lo mismo pasaría con los nacionalsocialistas - decían los viejos líderes de los sindicatos - y en su ofuscación no veían que los nacionalsocialistas rechazaban las asociaciones amarillas con la misma energía que lo hacían los obreros organizados sindicalmente. Sólo de cuando en cuando oían los mismos tópicos, como por ejemplo el de *comunidad del pueblo*, y no podían comprender que estas palabras puestas en boca de un nacionalsocialista tenían un sentido muy distinto que en la boca de un propagandista de las organizaciones económico-pacifistas, a sueldo de los patronos reaccionarios. Aparte de esta antigua generación había una segunda que correspondía verdaderamente al tipo de los caciques, tal como los pintan en las caricaturas. Esta generación ejercía cada vez más el poder de los sindicatos. Eran aquellos funcionarios que no habían conocido las luchas de antes de la guerra, que habían entrado en las organizaciones ya instituidas, que tenían cargos admirablemente retribuidos, y que, hartos y satisfechos, no tenían más preocupación que la de conservar sus puestos. El problema social estaba para ellos resuelto por completo y no tenían más que un afán, el de que les dejaran en paz y no les estorbaran. Para ellos era incómodo todo lo nuevo, por la sencilla razón de tener que

combatirlo. Eran también los que más odiaban al nacionalsocialismo y los que más violentamente lo combatían. Además fue formándose una tercera generación. Había pasado por las instituciones de enseñanza de los sindicatos, comprendía mejor los nuevos ideales y estaba más cerca de la realidad que las otras dos generaciones de las que, no sin razón, era temida y combatida. En su seno se agitaba la cuestión de la validez y del valor de los dogmas proclamados por la tradición. Discutía la cuestión de la nación y del Estado. Pero no pasó nunca tampoco del infructuoso discutir, y nunca encontró una clara orientación política. Además este grupo se mantuvo siempre numéricamente pequeño y no tenía la menor influencia en la marcha de los acontecimientos. En resumidas cuentas, le faltaba pues a la gran masa de los obreros sindicalmente organizados una verdadera dirección política clarividente. Existía un ejército de excelentes soldados, aquella infantería del movimiento obrero internacional, de la que Ramsay MacDonald había hablado lleno de entusiasmo, pero no tenía oficialidad alguna que supiera conducirla. Tenía también toda una serie de suboficiales que cumplían fiel y honradamente su deber, pero que tenían que fallar forzosamente ante todos los problemas de gran envergadura. Estos jefes no podían decidirse ni a un radical cambio de frente ni a una afirmación sin reservas de lo nuevo. No lo querían tampoco de verdad. Estaban demasiado cansados. Dejaban correr las cosas como las habían dejado correr en los años de la crisis esperando que todo acabara bien. Y ello explica el porqué la organización obrera sindicalista no opusiera resistencia seria alguna cuando el nacionalsocialismo se hizo cargo del poder. Como ya hemos dicho, permaneció fiel a sus organizaciones hasta el último momento. Pero veía todo lo que iba a venir y todo lo que le habían pintado hasta entonces en negros colores, sin que se preocupara mucho por ello. ¿Qué podía perder todavía? Verdaderamente, a lo sumo, los funcionarios pagados de los sindicatos, eran los únicos que tenían que perder, pero la masa de los obreros, no. Las sociedades se habían debilitado financieramente hasta el último grado durante la larga crisis. Los jornales habían ido disminuyendo de año en año. La democracia económica se había convertido en una economía de la que sólo era viable una fracción, en una cosa sin importancia. Las empresas de los obreros, las cooperativas de consumo se habían derrumbado o estaban a punto de derrumbarse. El seguro social había cesado en la mayor parte de sus prestaciones, y hacía ya tiempo que la masa de los desempleados tenía que vivir del miserable socorro de la beneficencia pública. ¿Qué peor le podía suceder, sobre todo al obrero que hacía ya tantos años estaba desempleado? Adolf Hitler prometía pan y trabajo. ¡Que tratara de darlo! Del mismo modo que se había vivido sin fe y esperanza durante los últimos años, se fue también sin fe y sin esperanza al encuentro de lo nuevo. Pero se sufrió un desengaño, un completo desengaño. Poco después de hacerse cargo del poder el nacionalsocialismo empezó ya a bajar la cifra de los desempleados. Por fin volvía a haber trabajo. Una enérgica voluntad política obligaba a la economía a reanimarse. Este era el milagro que, sobre todo los líderes de los sindicatos, no habían cesado de presentar a las masas como una cosa imposible, porque la reanimación de la economía era algo que sólo podía ocurrir desde fuera y automáticamente en el curso natural de la coyuntura. Adolf Hitler hizo el milagro. Si al principio se creía todavía que de acuerdo con las profecías de los antiguos dirigentes, no tardaría en seguir al primer encumbramiento una caída tanto más brusca, pronto hubo de reconocerse la lógica de las nuevas medidas político-económicas, y la energía con que se llevaban a la práctica. Por fin se tenía una dirección que se había echado de menos durante tanto tiempo. Y con asombro creciente se veía que para esta dirección no había obstáculo alguno de carácter capitalista ni particular

para la puesta en práctica de sus planes. El patrono fue incorporado al gran frente lo mismo que el obrero, y tenía que doblegarse lo mismo que éste ante las necesidades del Estado. ¿No era pues ninguna frase hueca eso de la comunidad del pueblo de la que tanto habían hablado los nacionalsocialistas antes de la toma del poder? ¿Qué se había hecho de la reacción, de la presión y de la privación de derechos que tanto se habían temido? Aún se las tenía, cuando el 2 de mayo de 1933, se suprimieron los antiguos sindicatos y se incorporaron al nuevo frente del trabajo. Un año después se sabía que estos temores habían sido infundados. Se vio que la nueva organización defendía los derechos del obrero tanto o mejor que la antigua. También se desconfiaba de la ley para el trabajo nacional, que tenía por objeto la realización de una verdadera comunidad en las empresas. ¿No volvería a ser con esta ley otra vez el patrono el dueño de la casa, que mandaría y dispondría como quisiera? Esta era la pregunta que se hacían al principio, pero pronto se comprendió lo infundado que estaba también este temor. La ley incorporaba a las distintas empresas en la gran comunidad del pueblo, y ello con todos sus allegados, desde el jefe de la empresa hasta el último hombre, y los sometía a todos a las leyes de esta comunidad del pueblo. El obrero comprendió que no era ninguna frase retórica lo de que el honor social, que tantas veces le había parecido mucho más importante que el beneficio puramente material, se había puesto bajo una protección especial. Vio lo duro de los castigos que se imponían al patrono que faltaba a esta ley. Esto no era la reacción que algunos de estos señores se habían figurado del nuevo régimen. Esto era una nueva ley, era un nuevo orden que no se había conocido hasta entonces y que no se había creído posible. Esto ya no era ningún Estado que fuera sólo el instrumento de una clase dominante. Los hombres que figuraban a la cabeza de este nuevo Estado procedían de todas las capas sociales. Bajo la dirección de un hombre que, y esto lo sabía hasta el obrero más desconfiado, no había perdido nunca el contacto con las masas, no conocía más que un objetivo: el de hacer a este pueblo en su totalidad más feliz, más sano, más rico y más contento. Siempre se daban cuenta los obreros de qué modo Adolf Hitler se presentaba ante ellos con la misma estimación natural, lo mismo si se trataba de operarios que hacían trabajo de precisión en una fábrica o si eran sencillos obreros ocupados en las obras de una carretera. En la radio oían cómo este hombre en la Cancillería del *Reich*, al recibir el 1 de mayo a los vencedores de los concursos profesionales que tienen lugar todos los años, hablaba con cada uno de éstos artesanos y obreros, encontraba una palabra acertada para cada uno, se interesaba por su trabajo con tanta bondad y comprensión como sólo puede hacerlo un hombre que conoce el duro trabajo por experiencia, y para el que todo trabajo, de cualquier clase que sea, es siempre servicio al pueblo. Así fue imponiéndose en Alemania, determinada por el ejemplo de su caudillo supremo, una nueva ética del trabajo y de la nación, y en el obrero alemán una nueva conciencia y un nuevo orgullo. Este era el caso, sobre todo entre la nueva generación que había pasado por la organización juvenil, el servicio del trabajo y el servicio militar. Es verdad que todo avanzaba lentamente y que la situación económica de los obreros no experimentó de la noche a la mañana una mejora del ciento por ciento. Pero los obreros alemanes lo comprendían. Eran lo suficiente inteligentes para saber que el paraíso no se logra en un día, y que la reconstrucción económica necesitaba tiempo, sobre todo después de un desmoronamiento tan profundo. Pero veían la férrea voluntad y el incesante progreso del trabajo empezado. Y esto era lo decisivo. Los obreros sin trabajo desaparecieron de la calle. El nivel de los jornales se elevó. Es cierto que el jornal por hora no aumentó, pero el mayor número de horas de trabajo les proporcionaba a todos un aumento no despreciable de salario. Al mismo tiempo los

precios se mantenían fijos en general. Y también esto se sabía apreciar a base de las experiencias de otros tiempos. Cuanto más aumentaba la ocupación en la economía, sin embargo, tanto más se convertía la falta de trabajo en falta de trabajadores, de modo que cada día se hacía sentir más la falta de obreros especializados, y así podía lograr cada uno el sitio de trabajo más adecuado para su especialidad. Y esto trajo consigo, a su vez, en la mayoría de los casos, un nuevo aumento de salario. También el seguro social, cuyo fin se había profetizado, no sólo siguió existiendo, sino que todavía fue ampliado y ensanchado en todos los dominios. El derecho del trabajo, que se había implantado después de la Guerra Mundial, siguió también existiendo y experimentó no pocas mejoras. La ley de ordenación del trabajo nacional trajo consigo un aumento de la protección contra los despidos y dio al obrero una seguridad en la conservación de su puesto de trabajo que no había conocido hasta entonces. Las nuevas disposiciones y tarifas de trabajo, publicadas por los fiduciarios del trabajo, preveían en todos los casos bien medidas vacaciones para los obreros y empleados y, sobre todo, para los trabajadores jóvenes. La gran organización titulada *Fuerza por la alegría* ofrecía además la posibilidad de aprovechar estas vacaciones de un modo práctico, de la misma manera que hacía posible al trabajador conocer y profundizar la cultura de la nación en una escala mucho mayor que la que nunca hubieran podido ofrecerlo las instituciones sindicales. Importancia especial fue la que adquirió en este respecto la institución de la obra alemana de educación popular. En las empresas, empero, era el *Frente alemán del Trabajo* el que cuidaba de la mejora de las condiciones de trabajo para el logro de una mayor protección del servicio. Todo esto y muchas otras cosas que se crearon en los siete años de gobierno nacionalsocialista, hicieron que desapareciera la desconfianza de los trabajadores y que se trocara en confianza, admiración y consentimiento. Hasta el último de los obreros comprendía ya que el fortalecimiento del poder del Estado, la consciente política exterior y la capacitación del pueblo para su defensa nacional, eran las premisas indispensables para el nuevo florecimiento de la economía y para el bienestar social del pueblo. Por propia experiencia sabía ya de antes que una débil dirección del Estado no podía encontrar salida a la crisis y no sabía hacer otra cosa que referirse a la evolución internacional y excusarse con ella. Por fin, habla cesado la eterna pesadilla y se había establecido un nuevo y justo orden social. La conciencia nacional, que siempre existió en el obrero alemán, y que no estuvo sofocada más que durante algún tiempo, había despertado de nuevo y le hacía mirar con orgullo al hombre que con su inteligencia, su energía y su inflexible voluntad había llevado a cabo esta obra. Así se convirtió el adversario en el más fiel de los adictos al *Führer*. No de la noche a la mañana, digámoslo una vez más con todo énfasis. La desconfianza, que no era, al fin y al cabo, más que una disimulada reacción, le había sido inculcada con demasiada fuerza y estaba demasiado arraigada en su alma. Y sólo los hechos con su lógica contundente son los que año tras año y mes por mes fueron eliminándola. El asentimiento a la obra del *Führer* fue haciéndose cada vez más categórico y más incondicional. Había quizás muchas cosas que no comprendían de primera intención; pero, el éxito de todas las disposiciones y el acendrado idealismo que el trabajador percibía, siempre era el mismo en las palabras del *Führer* que en las de su delegado Robert Ley, creando así, la confianza. *"Forzosamente ha de estar bien lo que hace el Führer"*, era la frase que cada vez iba inculcándose más, incluso en el convencimiento de los antiguos adversarios. Sólo conociendo la evolución de los últimos veinticinco años puede comprenderse el milagro de este cambio y, sobre todo, el hecho evidente de la sinceridad y profundidad de este cambio y de lo absurdo que es todo intento de abrir

bruscamente un abismo entre el *Führer* y el pueblo. Los obreros alemanes fueron siempre fieles a sus organizaciones y a sus directores, inaptos bajo todos conceptos, incluso cuando la mayoría de ellos estaban ya convencidos de que se trataba de una cosa perdida. Y ahora que se han ido emancipando paso a paso de su antigua ideología y aceptando la idea del nacionalsocialismo, porque han reconocido que este nacionalsocialismo no es la temida reacción, sino la verdadera comunidad del pueblo, que ahora se hallan unidos y firmemente convencidos detrás del *Führer* del *Reich*. Si así no fuera, no hubiera podido sostener Alemania ni un mes la guerra que le ha impuesto Inglaterra. Porque es precisamente la mayoría de los antiguos adversarios del *Führer*, la que hoy trabaja en la forja de las armas del *Reich*, la que construye en las obras de la Línea Sigfrido, la que hace guardia en los fortines y la que avanza impetuosamente en los campos de batalla. Todos ellos saben ya de sobra que ni los ingleses ni los franceses han de aportarles jamás un orden social mejor que el que tienen. Todos están demasiado convencidos de la imperiosa necesidad de que subsista el *Reich* para que no se interrumpa la reconstrucción social que ha empezado de forma tan imponente. Ninguno de ellos ignora que las palabras del viejo August Bebel en la memorable sesión del *Reichstag* del 10 de diciembre de 1904: *"Sabemos exactamente que en el momento en que Alemania fuera desmembrada, se aniquilaría forzosamente toda la vida cultural, social e intelectual de la nación por todo el tiempo que durara la dominación extranjera"*, tienen hoy más sentido y más valor que nunca. La significación de estas palabras la han aprendido en 14 años de durísima *paz*. Hoy están con Adolf Hitler, más firmes y decididos que nunca, porque saben que este hombre no ha de hacerles nunca traición ni ha de engañarlos, como lo hicieron los sucesores de August Bebel el año 1918. Después de haber expuesto todo esto, no hemos agotado el tema, sino que queda todavía por decir lo más importante. La descomposición del partido socialdemócrata y de los sindicatos, debida a su unión con el marxismo judío; el fracaso, lo mismo político que social, de la República de Weimar; la superación del paro forzoso y, por consiguiente, la seguridad dada al trabajador alemán, no sólo por lo que hace a su afianzamiento económico sino también por lo que atañe al fortalecimiento del sentimiento de la propia dignidad, y el aumento de su valor dentro de la colectividad allí donde el patrono acogía antes con satisfacción el más insignificante motivo de despido, sabe ahora apreciar el jefe de empresa al trabajador productivo en su valor máximo, son cosas todas ellas que justifican ante el extraño y también ante el extranjero el porqué está el trabajador alemán con Adolf Hitler. Pero todo ello no pasa de la superficie, porque intenta explicar la conducta de aquél desde un punto de vista utilitario. Y tan cierto e importante como sea todo esto: la unión del trabajador alemán a Adolf Hitler descansa en razones más profundas. Es la unión del hombre con su jefe, la más personal de todas las uniones que pueden existir para un ser sano y activo. El *Führer* le señala su gran misión; le proporciona la posibilidad de aplicar sus mejores fuerzas a la consecución de un fin de grandeza histórica; le da un nuevo orgullo y un nuevo honor y despierta en él fuerzas de las que antes nunca se hubiera creído capaz. Cuando el trabajador alemán desfila en Nüremberg ante Adolf Hitler el Día del Partido, formando en las columnas de la S.A., sabe que el *Führer* saluda horas enteras con rígido brazo en alto a los hombres del pueblo; un rendimiento físico casi inconcebible, debido a la indomable fuerza de voluntad del que guía, que no sólo pasa revista a los dirigidos, sino que con su enérgico saludo rinde honores a las fieles masas del pueblo. Al principio de la renovación alemana estaba el mito del *Führer*. Y esto era más que el ansia de tener al gran estadista que con su sabiduría, reflexión y acierto, liberase al oprimido pueblo

alemán de las cadenas del Tratado de Versalles. El que da a la palabra *Führer* su pleno sentido alemán, dice al mismo tiempo *pueblo*, y quien pronuncia la palabra *pueblo*, quiere significar algo muy distinto a la sociedad industrial de la civilización occidental, con sus asociaciones patronales capitalistas, sus sindicatos marxistas y su constante oscilar entre coyuntura y crisis. Quien dice *pueblo*, da a entender la unión elemental de un todo humano amalgamado históricamente, y expresa con este término, como dice Adolf Hitler, la substancia viva de sangre y carne. La regeneración sólo podía tener lugar partiendo de una gran alma, elemental y apasionada. El pueblo sólo pudo surgir a través del *Führer*. Y dado que el hombre únicamente puede ser y permanecer sano en dependencia activa y total de su pueblo, sienten los campesinos y trabajadores alemanes sanos, que, ni más ni menos que su salud, se halla ligada al *Führer*, su salvación. Y por eso defiende el trabajador alemán la causa de Adolf Hitler. Por eso ha llevado a cabo en la batalla de Francia, como infante, marchas históricamente inconcebibles. Un día tras otro recorrió más de 50 kilómetros a pie. Y por eso se encuentra en la guerra, incansable y activo detrás de su máquina. El trabajador alemán está con Adolf Hitler, porque el *Führer* ha despertado en él una nueva fe. Y esa fe alemana no es ningún lejano sueño futuro, sino que se ve hecha realidad con el trabajo diario. Alumbra como la luz sobre la obra nocturna: vemos la misión que está ante nosotros, vemos a los camaradas que a nuestro lado trabajan, sentimos la ordenación clara y segura de toda la gigantesca empresa en que participamos, y sabemos que el futuro no sólo ha de resplandecer sobre un pueblo alemán unido y ufano, sino también sobre una Europa sana y pacificada.

Notas

[1] *La Internacional* (*L'Internationale*, en francés) es la canción más famosa del movimiento obrero. Se la considera el himno oficial de los trabajadores del mundo entero y de la mayoría de los partidos socialistas y comunistas así como de organizaciones anarquistas. La letra original - en francés - es de Eugène Pottier y fue escrita en 1871 dentro de su obra *Cantos Revolucionarios*. En 1888 fue musicalizada por Pierre Degeyter. (NOTA DE LA EDITORIAL KAMERAD)

[2] *La canción de Horst Wessel* (*Horst Wessel Lied*, en alemán), también conocida como *La bandera en alto* (*Die Fahne hoch*, en alemán), era el himno del N.S.D.A.P. La letra, de 1929, es obra de Horst Ludwig Wessel (1907-1930), miembro del partido en los primeros tiempos de lucha y mártir del movimiento. (NOTA DE LA EDITORIAL KAMERAD)

[3] *Geheime Staatspolizei*, en alemán. (NOTA DE LA EDITORIAL KAMERAD)

[4] La Línea Sigfrido fue un sistema de defensa a lo largo de 630 kilómetros que consistíó en más de 18.000 búnkeres, túneles y trampas para tanques. Empezaba a la altura del poblado de Cléveris, en la frontera sur con Holanda, y terminaba a la altura de Weil am Rhein en la frontera con Suiza. Tuvo sus antecedentes en la Línea Hindenburg - del primer conflicto mundial - que se construyó con el fin de detener el avance de los enemigos en tierras alemanas. Los años posteriores a la derrota de 1918 la vieron casi desmantelada hasta que veinte años más tarde, y con una nueva guerra a un paso de iniciarse, los alemanes comenzaron su reconstrucción y fue rebautizada bajo el nombre de Sigfrido. (NOTA DE LA EDITORIAL KAMERAD)

[5] Título alemán que significa *emperador*. En el idioma alemán dicho vocablo no está restringido a los jefes de los imperios alemán, austríaco o del Sacro Imperio Romano Germánico, sino que se usa en sentido genérico para todos los jefes de los imperios. (NOTA DE LA EDITORIAL KAMERAD)

[6] Numerosas diferencias aceleraban el desgaste de las relaciones entre las potencias europeas de principios del siglo XX, diferencias que rozaban con la misma intensidad los planos políticos, comerciales, coloniales y militares. Estos desacuerdos indujeron a algunos países a formar alianzas que se pondrían a prueba a partir del inevitable punto de quiebre del año 1914. La Triple Entente fue una coalición conformada por la alianza franco-rusa de 1893, la Entente Cordiale franco-británica de 1903 y el acuerdo anglo-ruso de 1907, una coalición que era pura y estrictamente opuesta a los intereses alemanes. Por otra parte, y para contrarrestar aquel avance anti-alemán, en el año 1882 nació la Triple Alianza, inicialmente integrada por el Imperio alemán y el Imperio austro-húngaro a la que posteriormente se uniría Italia en 1887, con el firme compromiso de acudir en ayuda de cualquiera de ellos si por alguna razón fueran atacados en el futuro. (NOTA DE LA EDITORIAL KAMERAD)

“El trabajador alemán está con Adolf Hitler, porque el Führer ha despertado en él una nueva fe. Y esa fe alemana no es ningún lejano sueño futuro, sino que se ve hecha realidad con el trabajo diario.”

(Hans Munter)

